

Colección LA NOVELA CUBANA, 6

La ira del cordero

Alexis García Artilés



© Alexis García Artilés, 2005 • © Sobre la presente edición electrónica: Editorial Capiro, Santa Clara, 2006 Edición y diseño: A. M. Ballester López • ISBN: 959-265-114-0

Esta noveleta, salpicada de gigantescas olas marinas, rumores pueblerinos y manatíes costeros nos remonta a la historia de una familia humilde en un pueblo de pescadores. Alexis García Artilés es autor, entre otras obras, de *El hombre de la pipa*, 2001, en la que reconstruye el testimonio de la lucha del coronel Martín Chivás González junto a Ernesto Che Guevara por tierras del continente africano, y *El collar de santajuanas* (Serie Pintacuentos), del 2004. Nos entrega esta vez una lectura que al principio es tranquila, pero luego resulta trágica. Aquí los hilos de la trama se van tejiendo hasta formar una tarralla con los colores del arco iris, como la que lanzaba al mar todos los días Chano, “El Solitario”. La obra, no exenta de crítica social y política, nos lanza un enfoque agudo y costumbrista del Caibarién de las décadas de los años 50 y 60, para descubriarnos un universo que va mucho más allá de las supersticiones marineras, muelles de pescados y botes cargados de anzuelos.

El Editor

*"porque el gran día de su ira ha llegado;
¿y quién podrá sostenerse en pie?"*
Apocalipsis 6.17

A los muchachos les encantaba esperar la llegada de su padre a los muelles, les picaba la curiosidad por conocer antes que nadie todo lo que había podido pescar. Era de los mejores pescadores de la zona, de los buenos de verdad; se decía. Tenía su propio bote y no le gustaba pescar con nadie, Chano "El Solitario" le decían algunos. Solo una vez estuvo acompañado, fue con el viejo Muelaemacao. Pasaron varias semanas y todo iba de maravillas hasta que una tarde se vio llegar el bote, arrimarse al muelle lo suficiente como para que Muelaemacao saltara a tierra y se esfumara, mientras Chano, regresaba mar adentro.

Del viejo no quedó ni sombra, no se supo más de él. Ninguno de los dos habló del asunto, pero por mucho tiempo se escuchó la historia de que una noche, estando en medio del mar, el viejo sintió hambre y auxiliado por un farol revisó caldero por caldero hasta que al destapar una sopera vio su muerte reflejada en el interior. Se asustó tanto, que le suplicó a Chano lo llevara a tierra firme, por más que este insistía mostrando el caldero: "Son solo piedras, Macao, cinco piedras". Así se contó en el pueblo, pero si hubo algo cierto en esa historia era la propia sopera de Chano que lo acompañaba a todos los sitios que iba, incluyendo claro está las pesquerías.

Era de poco hablar, pero muy cariñoso con los muchachos. A los cinco años ya el mayor tiraba tarrayas y colocaba paños en los canalizos, mientras el más pequeño y Hortensia aprendían a tejer las redes para los paños. Tenía una tarraya con los colores del arco iris desde el centro hacia los bordes, él mismo la había tejido y los plomos formaban figuras de peces, estrellas de mar y anclas fundidas también con sus propias manos. A los tres les encantaba y constantemente se disputaban entre sí el privilegio de ser el primero en lanzarla al agua.

En un tiempo de escasez del carbón y acabado de llegar del mar, cansado y con un hambre atroz, les dijo: "Ven la tarraya, pues será del que más leña logre conseguir... ahora". Los niños miraron a la madre buscando aprobación mientras esta con una mueca de "dejenmetranquilacarajo" les dio el visto bueno esperado y acto seguido salieron corriendo por la puerta.

Aprovechando la intimidad creada por la ausencia de los niños, Chano atrae a su mujer hacia sí, disfruta cada espacio de ese cuerpo que le afiebra cada nervio, caderas anchas, nalgas grandes que se expanden prepotentes sobre la cama cuando, boca abajo, descansa después de cada duelo de amor. Con ambas manos le recorre los muslos subiéndole la falda, sabe que ella no usa ropa interior cuando lo espera; la eleva por encima de su cintura frotando su sexo con el de ella que, con rara habilidad libera la hebilla del cinto y la bermuda cae hasta los tobillos; él siente su olor de hembra poderosa, ese olor conocido por todos

sus sentidos y tantas veces soñado en la soledad del mar; suavemente la baja hasta su centro donde el miembro late con el calor y la dureza que le imprimen tantos días de ausencia, ella se sacude en un ligero temblor que le recorre el cuerpo, temblor que le nace bajo su vientre y le irriga cada porción de su grácil figura, temblor suspiro gemido corto anunciante de la inminencia de ese momento tormentoso que se avecina y en medio de la cocina comienzan a amarse con desenfreno, de forma violenta, haciéndose daño en todo el cuerpo, con sus dientes él, con las uñas ella, que entierra, que clava en la curtida espalda, que traza oscuros surcos y mientras más profundos estos, más brava la cabalgata; vibran de placer, ella lo hace cual experta amazona gimiente, él de pie, poderoso la sostiene en sus brazos, guiando sus movimientos para después, sobre la cama, suave y acompañado, sentirse flotar como en un vals.

La hora del baño para los niños les hizo recordar lo tarde que se había hecho: ¿se lo habrán tomado en serio?, pensó Chano mientras se abotonaba la bermuda. Era tarde y todo parecía indicar que su mujer se disponía a buscarlos, puesto que sacó su cinto del pantalón. Era bella, muy dulce y desenfadada como amante, pero increíblemente dura con los muchachos; si no fuera por la forma en que siempre lo miró, Chano pensaría que eran dos tipos diferentes de mujer.

Tocaron a la puerta y por ella penetraron los dos varones con unos pocos palos a sus espaldas, atados con una cuerda.

—¿Y Hortensia? —preguntó ella.

Los dos muchachos señalaron con la cabeza hacia la calle. Al pie de la puerta estaba la hermana, mojada de cuerpo entero y con un saco lleno de tablas y palos casi de su altura. Miró al padre y los ojos le brillaron, la madre se adelantó: pero... tonta, ¿qué has hecho?, levantó el cinto, mientras Chano le agarró el brazo con fuerza. Cargó a la niña y la llevó al cuarto cerrando la puerta tras de sí. La escucharon reír por largo rato, era una risa nerviosa; la madre fruncía el ceño sin comprender, mientras los varones resignados eran los únicos que sabían lo que estaba ocurriendo.

Hortensia había ganado la tarraya "arco iris" acopiando más leña que sus hermanos. Las había recopilado en el muelle: nadó para coger las que flotaban, mientras las demás las sacó buceando hasta el fondo, donde se las arrancó a chapines y botes que reposaban hundidos en lo profundo.

Esa práctica se fue haciendo cotidiana. La madre nunca lo aprobó, pero la fuerza de la costumbre y la necesidad lograron que se fuera adaptando a verlos en esas faenas. La leña era el combustible de los pobres y si se vendía aportaba su dinerito que buena falta hacía. Los muchachos dejaron de ser unos mataperros deambulantes; ahora ocupaban su tiempo en cosas útiles y eso tranquilizaba en algo el espíritu de la madre.

Aquellos fueron los mejores años para Hortensia y sus hermanos. La férrea dictadura materna aflojó las cadenas y si antes los procuraba a cada momento ahora los dejaba tranquilos hasta la hora del baño. Regresaban del colegio y después de almorzar salían en busca de leña sin que nadie se los pidiera, siendo el pretexto perfecto para correr las más deseadas aventuras para cualquier niño en un pueblo de mar.

Hortensia no asistía a la escuela, meramente pasó el kindergarten, poniendo sus manitas en función de ayudar a la madre en las tareas hogareñas: lavar las ropas de todos, recoger y limpiar la casa, arreglar las camas en las mañanas y fregar la loza después de las comidas. Todo menos cocinar y planchar, el humillo del carbón le provocaba alergia y daba la impresión que se ahogaba. A la madre también le hacía daño y por ello no la obligaba, de todas maneras era bastante peligroso el quita y pon de las planchas sobre las brasas de carbón.

Tampoco iba a la bodega, ni la madre lo hacía, las dos bodegas del pueblo más que eso parecían antiguas tabernas. En ellas se agrupaban hombres de toda ralea buscando los únicos sitios donde se podía beber hasta emborracharse y conversar de los más oscuros temas. Siempre había alguna que otra pelea con los consiguientes destrozos de sillas, mesas y cristales rotos

por doquier. Por eso la madre no entraba a las bodegas y mucho menos enviaba a su hija. Prefería darle un buche de café o un bocado de comida a Filingue. Filingue era el loco del pueblo, o mejor sería decir uno de los locos del pueblo, porque un pueblo que se respete siempre tiene más de un loco deambulando y más aún si es un pueblo tan pobre como los de pescadores. De este personaje nadie podría asegurar si era loco o bobo ya que en determinados momentos actuaba muy lejano de lo uno y lo otro.

Filingue era puntual como puntual era el reloj de su estómago. Muchas veces los niños fueron castigados por burlarse de él; le robaban los centavos al san Lázaro de la casa, los mostraban ante el infeliz y seguidamente iban tirándolos uno a uno en las zanjas por donde drenaban los albañales de cada casa:

"Filingue, coge para el pan con timba."

"Fili, tómate tu cafecito."

"Sambulle, sambulle, sambulle, sambu..."

El pobre fangueaba como un condenado entre el limo maloliente sacando lombrices y nudos de calandracas mientras los muchachos se ahogaban de la risa. Solo cesaba la burla si por casualidad la madre asomaba a la puerta y dando un tirón en las patillas a cada uno los empujaba directo al patio. Allí los ubicaba alrededor de la mata de mangos a hacerle la "guardia" al árbol bajo el sol, de pie y sin moverse; hasta que se acordara, como ella misma decía, entonces los relevaba con dos correazos en las piernas. Y ese era uno de los castigos más benévolos.

La madre de Hortensia siempre fue dueña de un carácter fuerte, respondía a los hechos con brusquedad dando respuestas violentas, las que de por sí nunca meditaba; no obstante nunca faltó quien tratara de romper la disciplina familiar.

Hubo un tiempo, cuando los muchachos eran pequeños y aún no había nacido Mirita, la menor de los hijos, en que Chano se enroló en una brigada para el corte de madera. El fin era hacer hornos de carbón, por aquellos tiempos aún no pescaba para don Mateo. Se ausentaba semanas enteras y en ese tiempo su suegra les enviaba la comida día por día sin falta. Lo que sobraba no se echaba a la basura; en ocasiones quedaba intacta la cantina porque ella también siempre cocinaba y se comía de la que primero estaba en la mesa, así que siempre se consumieran las dos comidas o no lo que quedaba se le daba a la vecina del fondo de la casa que criaba a siete muchachos sola en alma. Lavar y planchar con carbón para la calle no le resolvía su problema, cuando más aliviaba malamente y esos niños se paseaban por el lugar mostrando sus barrigas inflamadas por los parásitos en contraste con las escuálidas extremidades y las huesudas facciones.

Una tarde llamó la atención que no llegara la comida, podía ser que la abuela no hubiera encontrado con quien mandarla, casi siempre lo hacía algún primo o conocido de confianza que

viniera camino a la casa o pasara cerca, pero lo cierto era que ese día no llegó. Después de fregar, la madre salió hacia la casa de la abuela. Al rato regresó con la cantina y la colocó delante del hijo mayor con una cuchara bien grande dentro, "come" le dijo serena y lentamente; el fuego en la mirada le advertía al muchacho que debía terminar la cantina aunque le saliera comida por los poros, orejas y cuanto orificio tenía en el cuerpo. Cuando era evidente el suplicio que estaba sufriendo le dio agua y al llevarla a sus labios con desespero le provocó una tos tan fuerte que terminó vomitando todo lo ingerido. Sin esperar a que se limpiara la boca le amarró los tobillos con una sogá y pasándola por una viga del techo lo izó con fuerza quedando cabeza abajo. El muchacho no emitía quejido alguno, nadie en la casa hablaba, todos contemplaban asustados el espectáculo, ni siquiera cuando le abrió la boca y agarrándole la lengua tiró hacia fuera pinchándola seguidamente con una aguja de coser; "Vuélvele a ir con otra a la abuela, vuelve".

Al día siguiente todos se enteraron de que su hermano mayor le había comentado a la abuela: "Para qué mandas comida si mamá la regala por el barrio."

Había algo que hacía coincidir la preferencia de los tres y era el poder ir hasta el muelle viejo. Lo de viejo era porque no se utilizaba desde veintitantos años atrás, eso sí, fuerte estaba, la

madera parecía acabada de curar, la vejez le venía por su inutilidad; no tenía una sola gota de agua bajo sus tablas desde que pasó por allí el tornado. El muelle lo mandó construir don Mateo y pagó bien caro cada pie de jiquí que se trajo. Con el muelle construido, fue haciéndose poco a poco de una buena flotilla de lanchones, botes, pequeños barquitos de poco cabotaje y de la noche a la mañana mayoró el negocio del pescado. Don Mateo, además de ser el principal proveedor, también entró a dominar el comercio instalando una pescadería; la primera y única que se conocía en esos contornos.

Era el rey del pescado fresco —como también le decían—, el hombre más rico del pueblo, para eso se había sacrificado tanto, repetía continuamente. Mandó construir una estupenda casona de madera a cien metros del muelle, tierra adentro; pero lo que más adoraba en la vida era a su esposa. Trece años más joven que él, dueña de una hermosura angelical que acentuaba la diferencia de edades. De esa unión les nació una linda niña.

Aquel tornado arrasó con medio pueblo, revolvió la costa hundiendo casi la mitad de la flotilla. Don Mateo se unió a los pescadores y en medio del mal tiempo lograron sacar a la superficie algunos botes que la fuerza de los vientos no dañó severamente. Decidió bajar él mismo porque se trataba del Sirena. Era su primer lanchón, con el que inició el negocio y sentimentalmente representaba mucho para él. Dos, tres, cuatro minutos y don Mateo no asomaba a la superficie; la cuerda atada a la cintura no se movía. De esa cuerda se auxiliaron los pescadores para sacarlo al cabo de ocho minutos que fueron eternos. Había perdido el conocimiento, pero en aquel instante todos estaban seguros de que al patrón se le había escapado la vida y yacía libre en el fondo del mar.

Lo cargaron hasta la casona y lo acostaron sobre la cama. La esposa, desesperada, pidió que alejaran a la niña del cuarto y la dejaran a solas con su esposo. Lo fue despojando de las ropas chorreantes en agua, la camisa hecha tiras y el pantalón desgarrado a la altura de la rodilla derecha, desde donde asomaba entre los jirones la rótula envuelta en un amasijo sanguinolento de carne y piel machacada... mientras, el cuerpo seguía allí, sin vida. Con una esponja de mar limpió la sangre

que cubría aquel cuerpo que tanto placer le había proporcionado y fue encendiéndose un deseo fortísimo en lo más profundo de su ser, mientras el desborde de sus vidriosos ojos humedecía nuevamente la piel de aquel hombre, su único hombre. Le tomó el sexo, lo levantó y fue limpiando muy suavemente alrededor de su base; un instinto nada humano la impulsó a apretarlo entre los dedos. Las lágrimas se hacían más abundantes y aquel pendón comenzó a crecer dentro de su mano, la sangre latía a la par del corazón de ella, la palma de la mano recibía agradecida un notable aumento de calor y entonces, del extremo de aquel mástil, empezó a brotar semen en abundancia ahogándole la mano a la joven que se resistía a creer lo que sus ojos presenciaban.

Fuera de la habitación los pescadores, excitados, no hablaban de otra cosa que del tornado y de los favores que el patrón les había hecho en vida, cuando un estridente chillido se escuchó detrás de las paredes del cuarto. Con rapidez derribaron la puerta. El espectáculo que se les mostraba los detuvo en seco: la joven cabalgaba con fruición sobre el sexo del patrón, se movía en una danza nerviosa cubriendo y descubriendo la verga en su interior, las manos levantadas al techo semejaban una alabanza celestial, los ojos con el iris perdido en el color blanco en clara expresión de éxtasis divino. El patrón seguía sin moverse, pero en ese instante su rostro dibujaba una satánica sonrisa al tiempo

que elevando lentamente las manos, apretaba los senos de la muchacha.

En el pueblo se escucharon cosas graciosísimas al respecto, pero lo que más trascendió fue aquella cuarteta con la que siempre hacían coincidir los poetas el final de sus canciones, en clara alusión a los sucesos creados por el paso del rabo de nube:

"El viento hundió el Sirena
y jodió el calafateo
pero no pudo doblar
el rabo de don Mateo."

Don Mateo se salvó, pero quedó cojo de su pierna derecha. La rodilla nunca más volvió a doblarse, caminaba con la pierna estirada y frecuentemente los dolores no lo dejaban vivir. Su carácter fue amargándose y bebía una botella de ron detrás de otra. Empezó a culpar a su mujer por todo y la vida de la pobre se convirtió en un infierno, comenzando a albergar el odio en su corazón. Entonces sucedió aquello de lo que se habló tanto.

La mañana empezó linda, con el cielo azul sin una nube y el sol fuerte y brillante. Los pescadores no salieron esa vez porque se estaban calafateando y pintando toda la flotilla. Nadie tuvo tiempo de comprender lo que estaba sucediendo, se escuchó un rugido fortísimo y el mar se levantó en una inmensa ola que pasó sobre los cocoteros de la costa adentrándose tierra adentro hasta la casona de don Mateo, la cual quedó por unos segundos bajo el agua. Tan rápido como entró también se retiró y solo entonces los pescadores fueron despertando de su asombro: entre las pencas de un cocotero quedó enredado un enorme pulpo con tentáculos de por lo menos tres metros que se confundían con las propias pencas. Todavía la familia de Chito el fotógrafo conserva la instantánea donde se aprecia con

nitidez, que no deja margen a la duda, el enorme pulpo enredado en las pencas del cocotero. Así sucedieron las cosas, sin mencionar la comida que se preparó con los tentáculos que abasteció por una semana la dotación de trabajadores del Ingenio Azucarero Reforma. Lo más impresionante fue la ola, que no afectó toda la playa, sino el área alrededor del muelle; fue como un largo lengüetazo del mar, alto y profundo, que de regreso arrastró entre sus aguas a la joven esposa. Sucedió cuando Mateo se encontraba tirado sobre la cama, abrazado a ella, durmiendo la siesta.

El agua se la arrebató violentamente mientras a él ni lo movió del lugar. Explicaciones al hecho hubo muchas, y cual de ellas más fantásica. Una de ellas soportó los embates de los años y se mantuvo firme en la voz popular: contaba que en aquellos tiempos que don Mateo se las pasaba borracho maldiciendo a su mujer, una de esas noches que fue rechazado en la cama por ella y borracho como estaba embarcó en el "Sirena" y salió bordeando la costa quemando petróleo a máxima velocidad. Nadie sabe quién fue el primero que contó esta historia, pero se dice con exactitud que esa noche don Mateo enfiló la lancha hasta la desembocadura del río y con una lámpara de carburo oteó pacientemente las dos orillas hasta que blandiendo un gran arpón lo encajó en el lomo de una manatí que hasta ese momento amamantaba a su cría. La sacó al mar y la arrastró por la playa hasta que perdió la fuerza suficiente para

sacarla a la orilla y con vida aún se le subió encima, sintió una fuerte erección y acomodándola entre dos rocas la penetró salvajemente sobre la arena, con el mismo ímpetu con que lo hacía tiempos atrás con su mujer.

Sobó sus mamas, las mordió y les succionó toda la leche que les quedaba mientras, jadeante, gritaba el nombre de su esposa y al animal se le iba la vida entre terribles chillidos.

Después de aquella noche don Mateo hizo de lo ocurrido bajo los efectos del alcohol algo cotidiano. Su locura se incrementaba y la zoofilia se había apoderado de su ser, ahora con una novedad: le exprimía las mamas a las manatíes moribundas regresando satisfecho y con un cántaro rebosante en espumosa leche que obligaba a beber a su mujer con la esperanza de que le diera la misma satisfacción que sentía con aquellos mamíferos marinos. Y al poco tiempo ocurrió aquel desastre.

En el pueblo se decía que el mar se la había cobrado a don Mateo por lo que hacía con las manatíes y en la persona de su esposa que era lo que él más quería. Se volvió más loco aún de lo que ya estaba y cuentan que por las noches escuchaba los gritos y lamentos de la joven provenientes del mar. Otros aseguraban haber visto alguna vez en las madrugadas a un ser con un voluptuoso cuerpo de mujer y una horrible cabeza de manatí dando de mamar a un niño a la luz de las lámparas de carburo.

La gente no quería pescar por ese lugar y don Mateo, cada vez más incontrolable, tuvo que vender uno a uno sus barcos. Aquel lugar estaba abandonado, el muelle era inservible. Cuando aquella ola regresó al mar con la esposa de Mateo en sus aguas, lo hizo con tal furia que la orilla se retiró a más de trescientos pies mar adentro y el muelle quedó al aire sin una gota de agua bajo sus palos.

Ese lugar era el preferido por Hortensia y sus hermanos. Aunque no se acercaban a las ruinas de la casona de Mateo, les encantaba colgarse de los palos del viejo muelle, soltarse sobre la arena que amortiguaba sus caídas, también se tendían sobre sus tablas, las que les servían de atalaya para contemplar a los delfines que se aventuraban en sus piruetas lo bastante cerca para que los muchachos se los "repartieran", compitiendo entre sí a costa de la pericia de los nobles animales. A los manatíes era muy raro verlos, estaban prácticamente desaparecidos de aquella zona. Nada de esto podía saberlo la madre, nunca autorizaría que los chicos llegaran hasta el muelle de don Mateo, tenía sus grandes motivos y ellos nunca lo sabrían. Ese lugar le traía fuertes recuerdos y de solo pensar en él su cuerpo se estremecía. Eran recuerdos de su atormentada niñez, de la vida difícil que le tocó al quedar sin el amparo de su madre, de aquellos terribles momentos junto a su padre, aquel extraño hombre al que todos llamaban El Patrón.

Ya Hortensia tenía nueve años cuando nació Mirita, la más pequeña de todos los hermanos. Desde que comenzó a tener uso de razón demostró lo que en el futuro sería el sello que la distinguiría, amiga de hacer lo que le diera la gana menos trabajar; recordista mundial en malacrianzas y dueña de otro récord por recibir tapabocas por bocona. La niña creció como toda una princesa dentro de la humilde familia y fue fomentando esas características por variadas razones, era la más pequeña de los cuatro hermanos, a cinco años del que la antecedió, y se enfermaba con mucha frecuencia, pero lo que siempre estuvo claro fue el sentimiento de lástima que sentían todos por ella, sentimiento que se transformaba en protección, en justificar sus faltas, creando a su alrededor un halo de superioridad que se manifestaba constantemente al reclamar con fuerza todo lo que se le antojaba y creía merecer. Solo su madre sabía que tras esa majadería se cubría un fuerte complejo de inferioridad incapaz de evitarse con los mimos ni con el amor incondicional que desde siempre le profesaron sus hermanos. De niños fueron muy resueltos, decididos, fuertes; se convirtieron en adultos tempranamente, las manos estaban ásperas del

trabajo precoz y sus rostros curtidos por el sol... mientras ella parecía una muñequita de biscuit. Era clara la ventaja de Mirita sobre su hermana Hortensia en la carrera por alcanzar un buen partido casadero o tan solo un "medio partido" como irónicamente mortificaba Chano, sintiendo en su corazón la verdad encerrada en su frase: "mucho suerte le haría falta para que alguien importante se fijara en esta linda muertadehambre".

La vida no es una novela iluminada en neón, pero al llegar el momento de casarse el cuadro no espantaba ni mucho menos. El muchacho se veía correcto, más bien impecable: sombrero de paño, cabellos escrupulosamente cortados, guayabera de hilo y zapatos de dos tonos; no hacía falta averiguar ocupación, era el vivo retrato de la "botella" de aquellos tiempos. La madre se puso contenta, al padre le daba igual, los dos hermanos varones no contaban, hacía mucho que se habían ido loma arriba a trabajar en el café, tenían sus conuquitos y les iba bien. La única que mostró reparo fue Hortensia. Se le acercó, forzó una sonrisa, le besó la mejilla y le susurró:

—No te conviene, mi herma, es "tuerca de hierro con baño de oro" —y con un Felicidades se separó.

De esa manera se despidió de la corta adolescencia tratando de ser lo que se dice una mujer hecha y derecha, pero sin saber cómo. Aún cincelaban su cabeza las palabras de Hortensia, pesaban mucho, pero se prometió no hacer caso a lo dicho por ella, sin embargo cada letra le sonaba como maceta de juez dictando sentencia y eso la perturbaba enormemente: su hermana mayor nunca se equivocaba... desgraciadamente.

Diez almanaques habían conspirado para mantener impecable el color original de la pequeña porción de pared bajo el erecto clavito, huella doméstica del paso del tiempo en cualquier modesta casa de cualquier lugar. Se vivía un momento diferente; no había que ser muy sabio para darse cuenta de que desde hacía muchos años el clima no se dibujaba tan turbulento. Diariamente sucedían acontecimientos que llenaban primeras planas en los más importantes diarios del mundo. El color de moda era el verde olivo, la prenda un brazalete rojo y negro, y el orgullo máximo de todo varón de ley: poseer la fuerza suficiente dentro de los poros faciales para expandir con toda prepotencia una nutrida barba completando de esa forma el paradigma que iba imponiendo por sí sola la historia. Había triunfado una revolución conducida por un grupo de jóvenes que iban teniendo cada día más arraigo entre el pueblo.

Fueron los tiempos en que Hortensia reparó por vez primera en su analfabetismo, anteriormente no tuvo tiempo ni oportunidad, sobre todo esta última; ahora tampoco tenía tiempo, pero las oportunidades brotaban claras y fuertes como manantial montaña abajo. Eso no era cosa que le preocupara, ya vería qué iba a hacer con su futuro ahora que todo parece indicar puede usarse ese tiempo en verdad. Otra realidad colmaba su cabeza y la seguridad en su fina intuición le decía a gritos que al "tornillo calzando dos tonos" de su cuñado le había llegado la hora del deslustre y la añeja "botella" perdería su

fondo. Lo sentía de verdad por su hermana, "la pobrecita se acostumbraba tan rápido a lo bueno que hasta se permitía el lujo de derrochar"; con su mamá era diferente, a ella sí le vendría bien el batacazo "a ver si aprende a conocer de verdad al yerno, ahora que va a tener que demostrar lo que es y quién es en realidad".

La realidad, ese turbulento brebaje druida, chorreante de dolor, salpicada de sangre y tan cruda desde la propia creación le iba a dar nuevamente la razón, funcionando como un ángel de la guarda: "santa realidad", canonizada por sus manos endurecidas de tanto trabajar, eterno garante de credibilidad como mujer de clara visión. Su cuñado no se recuperó del cambio, el choque fue tan brutal que estuvo aturdido por mucho tiempo de manera irremediable. Sufrió un retroceso en su ya de por sí cavernaria y parásita conducta desembocando todas las consecuencias contra la integridad y también, es justo decir, la anatomía de Mirita. Todos los días se emborrachaba; llegaba a la casa gritando y pidiendo comida. La golpeaba sin motivo alguno, a veces sin mediar la más mínima discusión; llegaba de noche a la casa apestando a todas las excrecencias humanas, comía desafortadamente lo que la pobre mujer conseguía lavando y planchando para la calle, él no lo sabía, no lo podía saber, pensaba que con la poca basura que traía se podía poner las mesas que encontraba a diario en su casa; terminaba de comer y la tiraba en la cama, le subía la falda y la penetraba sin mediar el

más mínimo gesto de cariño, la más corta palabra, solo bufidos y balanceo animal, ni tan siquiera dejaba que se sacara el blumer, se lo corría para un lado y entraba en ella, ella que lloraba dentro de su pecho, derramando lágrimas ojos adentro para que no se enterara, para que no sospechara que había aprendido a odiar, que le era repulsivo y asqueroso, que quería que muriera cada noche aunque aún no se atrevía a pensar en matarlo, en matarlo como un perro rabioso y ruino, eso es lo que era y así se comportaba con ella hasta que a la cuarta o quinta embestida se vaciaba en su interior y caía hacia un lado roncando su peste a borrachoasquerosodemierda mientras ella se sentaba desnuda sobre la palangana con agua tibia a llorar amargamente limpiando su sexo y su alma.

Chano seguía aferrado a la idea de pescar solo; resultaba obvio que enfrentaba muchas dificultades para traer a casa una buena carga de pescado. Preparar carnadas, tender el paño entre los manglares, lanzarse al agua para desenredar un tramo, volver a subirse al bote y seguir tendiendo metros y metros de paño y a la vez mantener el rumbo correcto de navegación, era evidente que resultaba casi imposible trabajar de ese modo; pero Chano siempre negaba esas dificultades y cada vez que arribaba sus tablas al muelle bajaba pescados para llenar las cinco o siete cajas que como promedio hacían los demás pescadores del pueblo.

Claro que eso propició el nacimiento de las más extravagantes fábulas entre la fauna alcohólica que asistía a la bodega del pueblo. Entre rones y chorizos se les iba la mitad del jornal a aquellos pescadores, decían que lo necesitaban para desintoxicarse del sol de mar dentro, que es diferente al de la tierra porque está mezclado con los espíritus de los demonios marinos y mira pá don Mateo, lo que le pasó y como ese, muchos ejemplos más que se remontaban a varias generaciones de familiares. En esa bodega, navegando sobre Bacardí y otras bebidas de menor realeza se fueron tejiendo extrañas historias

sobre Chano, disímiles entre sí, pero coincidentes en el hecho de que alguien y algo lo estaba ayudando en el mar: la mismísima Virgen de Regla o la Caridad del Cobre y hasta algunos juraban haber presenciado cómo las dos vírgenes levantaban con un giro de su cuerpo las faldas llenas de peces depositándolos en el piso del bote de Chano, mientras este, sentado en la proa, destapaba el caldero de las piedras invocando a Yemayá y Oshún. Eso provocaba su espanto justificado pues nadie se atrevía a mezclar a esas dos santas, cual de ellas más orgullosa y soberbia; otros se aferraban a la idea del banco de peces, decía que Chano había encontrado una zona donde los peces estaban tan abundantes que les faltaba el oxígeno en el agua y tenían que buscarlo saltando fuera, a Chano sólo le bastaba con atravesar el lugar para que los peces fueran cayendo por montones en el bote. Claro que eso sucedía de noche y por ello las gaviotas no delataban el lugar... pero en cualquier momento iban a dar con él.

Esta última leyenda cobró más fuerza sobre las demás y se prestó para crear alrededor de Chano una aureola de hombre egoísta y cínico; le criticaban no compartir con los demás pescadores la suerte que le había tocado al descubrir el banco de peces y aunque él negaba con determinación esas acusaciones ya la idea se había fijado en la mente de los lugareños que la daban como cierta. Alguien propuso que la única manera de creerle era que dejara embarcarse con él dos testigos que no fueran

pescadores y resultaran imparciales, pero con la condición expresa de traer la cantidad de pescado acostumbrada sin prestarle la más mínima ayuda.

Chano se resistió por mucho tiempo, qué le importaba si los demás dudaban, no estaba haciendo nada ilegal, solo pescar; ¡que tenía un buen rendimiento por días!, era cierto, pura suerte, que en el mejor momento lo abandonaría.

Ahora nadie recuerda los tiempos que estuve sin un quilo y con tres chamacos que mantener cuando a don Mateo le cayó arriba la desgracia y nos dejó a todos sin trabajo; nadie habla de los que se aprovecharon de la locura de Mateo y le fueron quitando centavo a centavo todo el dinero que tenía y era bastante: "Présteme algo, Patrón, que la Cuca está al parir y no tenemos ni un culero para el vejigo"; "Patroncito, si usted pudiera ayudarme con alguito, es que tengo a mi hermana con sus muchachos metíos en la casa, figúrese, el marío la dejó y son cinco chamacos más y usted ya sabe que nosotros somos seis y con una vieja enferma, la Sara, mi suegra, que usted sabe que es una santa"; "Mire, no piense que yo vengo a pedirle dinero, a mí no me gusta eso —menos mal—, pero si usted me hace un préstamo de una barcaza, la más malita... y claro está... si no la está usando, yo le prometo que..." y así iban desplegando las más melómanas mañas para tumbarle al viejo su dinero.

Por mucho capital que tuviera, a ese ritmo de desfalco amistoso como lo llamaba Chano, en pocos meses don Mateo

quedaría en la miseria. Así, con engaños y mucha maraña la gente fue quedándose con sus barcos y un buen día apareció en el pueblo aquel hombre esgrimiendo un papel que certificaba ser hijo de don Mateo, ¿con la manatí? y que lo hacía un legítimo heredero del viejo.

La esposa de Chano no tenía ningún documento legal pero todos conocían que si existía un hijo de don Mateo era ella, nadie lo dudaba sobre todo porque lo asociaban con el inicio de la maldición que cayó sobre la familia de don Mateo. Aquel hombre se quedó a vivir con el viejo en la casona de la playa y es justo decir que lo atendió aceptablemente; en realidad poco a poco se fueron entendiendo. Y aunque muy bien pudo aprovecharse del estado de salud de Mateo para dejar fuera de testamento a la esposa de Chano no lo hizo, él quería establecerse en el pueblo, revivir el poderío económico del viejo y no resultaba igual continuar algo que comenzarlo. A la pesca no se dedicaría, no le interesaba para nada, mucho menos tener que lidiar con tanta gente que siempre tratarían de timarlo, los botes que quedaban en la playa los vendería y los que estaban prestados por ahí que se quedaran con ellos, no iba a perder tiempo averiguando quién los tenía, y con Mateo ni contar: su raciocinio estaba en plena zozobra.

La casona de la playa la pondría en venta, le resultaba incómodo vivir en ella, lo hacía porque no le quedaba otro remedio para sus planes de heredar al viejo, pero el solo escuchar

las historias de lo que en ese lugar sucedió le erizaba los pelos en la nuca.

Si no apareciera comprador para la casa la cerraba y de cuando en vez se buscaría alguien que por un par de pesos la limpiara y le diera aire a sus habitaciones, hasta quizás la pudiera alquilar. Para evitar posibles complicaciones con la hija del viejo puso en el testamento que heredaba el "Sirena", con todos los avíos de pesca necesarios y un motor nuevo.

Había una casa que Mateo la usaba en escasas ocasiones, estaba en el pueblo y fue construida sobre pilotes encima del agua, no era muy espaciosa, pero tenía en el patio un pequeño atracadero para botes y era ideal para un pescador. Conociendo que Chano era pescador la agregó también a los bienes que Mateo le dejaba a su hija. Era una manipulación bastante burda de la herencia del viejo, pero pensada con mucha inteligencia, la gente dudaba de las buenas intenciones de aquel hombre que de la noche a la mañana había aparecido en el pueblo, pero quién se atrevía a asegurar que don Mateo lo habría hecho mejor; nunca se interesó por la hija, claro que estaba demente, pero en realidad nunca se ocupó de ella, ni de niña y mucho menos de adulta, por eso acató sin mediar palabra alguna el testamento que le leyeron al día siguiente de la muerte de su padre, ni por asomo pensó a lo largo de su vida que de aquel hombre le pudiera venir algún beneficio que no fuera la maldición de su nombre, del que sí no había podido alejarse nunca.

Mateo también tenía unas soperas tapadas, pero eran cosa de religión; el hombre trajo unos santeros de Santa Clara para que le resolvieran el problema de aquellas vasijas, él no creía en religión alguna, pero las cosas, mucho mejor claras, y acataría lo que dictaminaran ellos. Las soperas se arrojarían al mar al atardecer, ellos mismos se encargarían, a excepción de una que se tendría que quedar con un familiar del difunto que fuera pescador. Buscó a Chano y los santeros le explicaron en detalle el significado de aquello y que en ningún grado significaría malestar para su familia, todo lo contrario.

Chano había interpretado todo el problema de la herencia recibida por su mujer con un sentimiento de agradecimiento más allá de lo que pudiera sentir ella y muy tranquilamente aceptó hacerse cargo de la sopera, solo pidió que le explicaran qué contenía y si tenía que mantenerla con alguna acción ya que él había escuchado algo al respecto entre creyentes.

Para la gente de ahora nada de esa confusa historia les resulta extraña y vienen a cogerla conmigo por el solo hecho de que me va bien.

Pero iba perdiendo amigos, la gente se le apartaba y cuando se cruzaban con él miraban al cielo o a la tierra, eso lo podía soportar, de hecho ya era para todos El Solitario pero no podía evitar que su familia se viera mezclada en ese debate. Él salía al mar y no regresaba en varios días, pero su esposa quedaba en tierra excluida de la tradicional hermandad que existe entre los

pobladores de los asentamientos pesqueros; lo mismo sucedía con sus hijos: se lidiaban a golpes con los demás chicos que se mofaban de ellos a través de su padre, al que le atribuían relaciones con el diablo y demás seres oscuros.

No transcurrió mucho tiempo y Chano accedió a volver a pescar acompañado; desde que el viejo Muelaemacao desapareció del pueblo nadie había puesto un pie en las tablas de su barco y eso era todo un acontecimiento para los curiosos del pueblo, que eran la gran mayoría. Hasta el muelle fueron todos y en medio de un pesado silencio vieron cómo Chano cargaba las artes de pesca sin prestarle la más mínima atención a la multitud que, a escasos metros de él, lo observaba conteniendo la respiración para no estorbar. Al rato llegaron los testigos que zarparían con Chano, uno era el hermano menor del dueño de la bodega con su esposa y los acompañaba el padre de la muchacha, un hombre de unos cincuenta años con una resplandeciente sonrisa que contrastaba con los sombríos semblantes de todos, incluida la pareja. El viejo asimiló la invitación de su yerno como una aventura pintoresca y así lo confirmaba la mochila repleta de carretes de nylon, anzuelos de varios tamaños, plomadas, una bonita vara de bambú, una escopeta de ligas, lámpara de carburo, entre otros instrumentos para la pesca; pero lo simpático en este señor era su vestimenta que contrastaba con todo lo demás que le rodeaba: era lo más parecido a un cazador de safaris en el África y hasta un sombrero de tela se puso.

Con esta nota relajante la gente despidió a los tres valientes, algunos les entregaron collares, cadenas con crucifijos, dientes de tiburón y conchas de carey a modo de amuletos para que los acompañaran cuando llegaran las noches, en medio del mar y en compañía de semejante hombre.

La esposa de Chano vio alejarse la embarcación y la desazón la invadió, algo muy dentro de ella le decía que aquel viaje terminaría en desgracia, lo mismo pensaban las personas agrupadas en el muelle, solo que las razones no eran las mismas.

Transcurrió el día en el pueblo entre rones y apuestas; el dueño de la bodega apostaba con fuerza a sus parientes, *son de labana, no tienen miedo, ¿vieron al viejo lo muerto de risa que estaba?*; siempre hubo quien recordara lo sucedido a don Mateo años atrás, esos eran los más viejos y los que se aferraban como el dato más importante, la sopera con las piedras que siempre llevaba consigo Chano y que esta vez también llevó, ahí está la clave del misterio, compadres, decía uno y a cuenta de sus reflexiones se ganaba líneas de ron gratis bonificadas por todos los que llenaron el pequeño salón de la bodega.

Mientras el ron corría por el pueblo en medio del aquelarre que salía de las turbadas mentes lugareñas, en medio del mar los gases del carburo iluminaban la estrecha embarcación donde sus cuatro ocupantes se disponían a comer. Chano buscó cinco langostas grandes y junto a la muchacha preparó el enchilado, arroz blanco y plátano maduro frito. El muchacho estaba

tranquilo sentado en la proa, el viento de la tarde le había provocado un ligero mareo, el viejo, con su vara, permanecía desde media tarde bebiendo ron y cantando boleros. Todo iba muy tranquilo y Chano se alegraba, él pensó que los habaneros esos me van a joder la semana, pero nada de eso había pasado, ni nada presagiaba que fuera a cambiar la situación. Cuando terminara de comer tiraría el paño observado de cerca por los tres "testigos" y a dormir hasta que en la mañana lo recogería y que las vírgenes le ayudaran con una buena pesca, pensó y sonrió recordando lo que decían en el pueblo.

El viejo lo invitó amablemente a un trago y hasta la proa se trasladó: el viejo no soltaba la vara, comió sin despegarse de ella, Chano aceptó pensando que sería buena idea para calentarse el cuerpo antes de entrar al agua.

El cuerpo lo sentía como el de una picúa ciguata, abrió los ojos y todo se le apareció confuso y falto de brillo, cuando recuperó la nitidez visual se vio sentado en una silla metálica con un overol de un material que parecía tela pero no lo era, más tarde alguien le dijo que era una especie de papel; lo rodeaban varios uniformados de apariencia extraña, gentes de piel muy blanca y hablaban en inglés. Lo trasladaron esposado a una oficina donde una muchacha, sentada frente a una máquina de escribir le hizo varias preguntas en español; mientras contestaba una a una las preguntas giró la cabeza hacia un ventanal de cristal y observó estupefacto a sus tres acompañantes de pesquería que caminaban sonrientes hacia un ómnibus que desapareció a través de la amplia puerta corrediza que limitaba aquel lugar con la calle. ¿Usted va a quedarse en los Estados Unidos, verdad?, la pregunta se repite y aún Chano no sale de su estupor; ¿Estados Unidos?, no yo no voy para Estados Uni...; en ese momento lo comprendió todo, de un rafaazo todo lo ocurrido pasó por su mente, los muy cabrones le echaron algo al ron y me trajeron pa cá; ¡así que testigos...! me cago en la madre de todos los joeputas del pueblo... si agarro al bodeguero le engancho un anzuelo a la garganta y lo pongo delante de un dientuso, cojones... No, mi

señora, yo me voy pa Caibarién, usted no ve que esos tres me trajeron dormido pa cá... con su permiso, yo me voy de aquí, es más ya me estoy yendo.

En el pueblo la esposa de Chano encendía una vela diariamente a las dos santas de las aguas: que protejan a mi hombre, se los suplico, aquí en esta casa no les faltará nunca la luz, te lo prometo, mi santa, y se dirigía indistintamente a las figuras de yeso que representaban las vírgenes. En la bodega se hablaba mucho pero en voz baja, por consideración al dueño que parecía muy afectado con lo sucedido, juraba una y mil veces que no estaba al tanto de lo que planeaban sus parientes, solo una vez intervino, a raíz del cuestionamiento que se le hizo sobre por qué no aceptaba llevar testigos a las pesquerías, y estando de visita en La Habana lo contó como algo curioso en medio de una borrachera. Todo parecía indicar que los habaneros se habían aprovechado de la ingenuidad de los pescadores.

La relación de Mirita con su esposo se hacía cada vez más tensa, ella trataba de aparentar que todo le iba bien, pero con Hortensia no pudo fingir y nunca comprendió cómo pudo comprometer su silencio puesto que esta, en su rabia, llegó a amenazar con matarlo. La solución le llegó como caída del cielo, quedaron sin dinero para comer y como Chano seguía sin volver

lo convenció para mudarse a la casa de la madre y así acompañarla a ella y a Hortensia ya que desde que su padre partió faltaba la presencia de un hombre en la casa.

La tranquilidad duró solo unas semanas, ahora el infierno se rociaba en alcohol y eran peores las consecuencias. Se había convertido en un demonio desenfrenado, ponzoñoso y feroz como el que más, implacable y aberrado. Nadie se atrevía a enfrentársele. A Hortensia la hostigaba constantemente, se le insinuaba sexualmente; la situación era insostenible.

Chano veía los días pasar sin vislumbrar ninguna posibilidad de regresar a su casa; desde que salió de las oficinas de Inmigración estaba a la vera de Dios, cuando mencionaba que quería regresar la gente le daba la espalda y eso lo desesperaba aún más. Logró que lo emplearan limpiando pescado en un restaurante de la playa, a medio jornal el día por no poseer documentación, dormía en la casa de botes del dueño y comía después del último cliente. Como era callado y muy hábil en su trabajo se ganó las simpatías del dueño y de los demás empleados, en especial de la mujer que se encargaba de cocinar los postres.

Esta señora le regaló algunas mudas de ropas **usadas por su esposo**, fallecido varios años atrás y que le quedaban muy bien. **Era** la única persona que desde un inicio supo que Chano regresaría a Cuba, su esposo era cubano y penaba diariamente por regresar a la tierra natal, pero nunca tuvo suficiente valor para ello; después **sucedió aquello** de los rebeldes, que habían puesto muy confusa su mente. Decía que los cubanos no pueden alejarse de la isla porque no saben vivir fuera de ella , los que lo hacen, lejos de vivir, agonizan lentamente y es el espíritu lo primero que se extingue; se convierten en sombries de la

nostalgia que los van devorando lentamente sin remedio. Así le decía la repostera y esas palabras se convirtieron en el mayor impulso para estimular los deseos de regreso.

En las noches, antes de ir a dormir caminaba por la playa hasta los muelles donde atracaban desde simples botes hasta los más espléndidos yates: verdaderas casas flotantes; hermosos y deslumbrantes como un cake de bodas. Era un lugar tranquilo, con su sheriff, Estación de Policía con tres celdas y cuatro agentes, además del sheriff y se mantenían prácticamente desocupados pues los delitos se veían muy esporádicamente y casi siempre involucraban a forasteros de paso por aquel bello lugar. Mientras tanto los agentes ocupaban el tiempo buscando mascotas desaparecidas y maridos que no regresaban a sus casas al no poder despegarse de las barras de cualquiera de los cinco bares y cuatro clubes del pueblo.

En medio de ese ambiente de paz Chano meditaba en la manera de regresar; los documentos de naturalización demoraban por lo menos un año y sin ellos no podía viajar; además primero tenía que solicitar quedarse y eso no lo haría, le molestaba mucho la cantidad de obstáculos que se le crearon delante y él solo quería regresar, algo tan simple como regresar a su tierra. Observó en la atmósfera de tranquilidad que se respiraba en el lugar, que la gente vivía prácticamente abierta a los demás, las casas no se cerraban aunque no hubiera nadie, las llaves las ponían en cestos, debajo de la alfombra del piso ante la

puerta o dentro de una maceta con flores; eso también lo observó en los yates y lanchas, los dueños venían los fines de semana para su week-end como decían, y recogían las llaves dentro de la misma embarcación.

Una noche se quedó un poco más tarde ayudando a preparar las panetelas y diversas masas de los postres que se hornearía bien temprano al otro día, esa noche hubo como de costumbre "Langosta thermidor" en el menú y la repostera sabía cuánto le gustaba a Chano, *llévate las que quieras, mañana no saldrá en el menú y esas que quedaron son para rellenar mis pasteles... quédate con las que quieras.*

Eran más de diez raciones, junto a otra buena cantidad de panes para mojar en la salsa, es lo más sabroso del marisco... mojar el pan en la salsa, le dijo y la mujer rompió a reír pensando en mucho más que en lo simpático que eran los cubanos; pensó que aquel hombre que estaba tan bien plantado frente a ella era un menestero de afecto y el efluvio de la salsa del marisco estimuló la más puta de sus feromonas, suficiente para sentir apetencia de aquel hombre, saberse veleidosa necesitada de los jugos de su cuerpo y dispuesta a entregárselos aunque él no lo deseara.

En el proyecto de vida de Chano no estaba rechazar favores de mujer; si bien parecía hombre tranquilo y de su hogar tampoco tenía tiempo para salirse a novelar la vida y concentraba las apetencias carnales en su casa y esposa. Se enamoró de su

cuerpo, caderas anchas, unas nalgas grandes y rotundas, y sobre ellas navegaba todas las noches en tierra. Necesitaba amar a una mujer cada día de su vida, ese era su secreto; en el mar se sentía diferente, pero en tierra necesitaba del placer que regala la mujer y ella siempre estuvo a la altura de sus anhelos. Por eso nunca había mirado a la repostera con apetito sexual y quizás también porque era del tipo de hembra opuesto por completo a su gusto. Siempre le asaltaba una duda con las mujeres delgadas, ¿podrían resistir la embestida de un hombre bien dotado?; las miraba y se imaginaba su dolor en medio del goce; sabía que no era otra cosa que una de las tantas idioteces que piensan los hombres sobre el amor y el sexo, pero seguía preguntándose cómo sería estar con una flaca. Y ahora la tenía junto delante, la podía observar a su antojo pues estaba de espaldas amasando harina para los postres, músculos que se definen precisos con cada cierre de manos sobre la masa, músculospiel que brillan con el sudor de los cuerpos, temperatura que hace hervir las paredes, el horno de la cocina reclamando sus dulces, el olor de la langosta Thermidor y la salsa añejada, espesa; temperatura que hace hervir los tejidos, el cuerpo de ella que reclama pertenencia, el olor de su sexo y su jugo añejado, espeso, viejo, que le dice ven y mira, y vio y dio; toda la embestida de una legión romana y *Ay dios mío* en inglés, en griego, latín en todas las lenguas y supo que templarse una flaca es como asistir al derrumbe de la torre de Babel.

Ante cada embestida de su pelvis la masa mejoraba y se anunciaba que serían los mejores eclairs de su vida, que el que no asistiera la siguiente noche perdería la tremenda oportunidad de probarlos y ante cada empuje de cadera la masa adquiría clase y textura divina. La medianoche lo tomó con ella de rodillas engullendo su hogaza caliente, recorriéndola con la lengua con la misma dedicación que gratinaba el budín de Navidad y supo que se deshidrataba, que se evaporaban sus fluidos en el calor de aquella boca, en cada succión, sintiéndose vencido. Ella lo miró con ojos de sátiro, con los labios cerrados emprendió el camino hacia la boca regurgitando el semen en cada roce con su piel, dejando un rastro brillante desde el falo hacia el mentón hasta plantarse necesitada de besos sin imponerle el deseo y él se dejó y probó por vez primera su propio jugo; quiso con todas sus fuerzas alejarse, sin embargo le besó cada diente, recorrió cada resquicio de su boca hasta que ella, soltándose emprendió el camino inverso, recogiendo con la lengua todo el cordón de semen hasta llegar a su verga, punto final del recorrido para así propinarle el postrer castigo y hacerlo sentir vencido, sin tener que vivir en Armagedón.

Él no sabía si esa cantidad de dinero representaba el valor de la lancha, pero le dejó casi todo lo que había ahorrado en cinco meses: 250 dólares, para redondear, como decía el cabrón del bodeguero, los otros 35 son por si me enredo y no llego. Tenía que irse ya, no podía esperar; temía, sí, temía por él mismo cuando estaba junto a la repostera del restaurant, quizás era un impulso divino para quemar sus naves y volver aunque creía que no estaba listo, era el momento de irse y sabía que sus santas le despejarían las aguas del estrecho.

El dinero lo introdujo dentro de una boya de lata que se desenroscaba, le escribió por fuera "Gracias" y la amarró a la sogá que sujetaba la lancha al muelle. Se sentía preso de una gran emoción, regresaba a la casa, trabajo le costó pero valió la pena, al amanecer estaría entrando a Caibarién. En el horizonte no se avistaba embarcación alguna, era muy difícil ya que estaban en medio del carnaval y los pescadores pactaban una "santa tregua" para sumarse a los festejos. Apagó el motor a media milla de la costa y con la ayuda de dos remos fue acercándose lentamente hasta su casa y amarró la lancha en el atracadero del patio.

La noticia se corrió como pólvora compitiendo con la historia de los dos infiltrados capturados por el G-2 en las inmediaciones de la playa Jinaguayabo, llegaron cargados de armas e instrumentos militares, se decía que venían entre otras cosas a volar el central Reforma y quemar toda la caña que crecía por esos contornos y ahora en medio de todos estos sucesos regresaba Chano con la verdadera historia de lo que le había sucedido.

Su esposa estaba enterada de todo, Chano le había enviado algunas cartas, pero no lo comentó con nadie por rabia y rencor con la gente a la que creía culpable de todo lo sucedido a su marido; a los niños solo le decía que su papá se demoraba porque el barco se había averiado y esperaba repararlo y no tenía la madera suficiente para ello. Los más intrusos hicieron un alto en los festejos y se asomaron a la casa con la esperanza de ver a Chano, pero la puerta permanecía cerrada, estaban a la espera de la llegada de la noche cuando comenzara la guerra de fuegos artificiales, voladores, palenques, bombas y demás artificios que no podían faltar en una noche parrandera: la gran batalla entre los dos barrios que dividían el pueblo: La Loma y La Marina y la familia de Chano era de la Marina por supuesto.

Estuvieron bailando y bebiendo cerveza hasta que entrada la madrugada los muchachos refirieron sueño y regresaron a la casa. Él no durmió en toda la noche, estuvo despierto varias horas acostado en la cama con la vista en el techo y el

pensamiento centrado en una idea fija. Al regresar de las fiestas esperaron que los muchachos se durmieran para poder conversar con tranquilidad; él le contó sobre sus últimos meses en Miami y las peripecias del regreso, ella sobre todo lo que hizo para mantener y alimentar a la familia; abrazados comenzaron a besarse entregándose al placer del amor que les había sido vedado por largos meses de separación. La cargó en sus brazos y sentándola en la ventana que daba hacia el mar le besó el sexo con estudiada delicadeza por largo rato hasta que ella halando con suavidad sus cabellos le dio la señal esperada: que entrara con urgencia en su cuerpo y allí, de espaldas al mar y a la noche se desquitaron las ganas de tantos meses de anhelos.

Cuando su esposa quedó dormida se volvió boca arriba y entrecruzando las manos detrás de la cabeza se dispuso a pensar en esa idea que no lo abandonaba y vivía fija en su pensamiento: descubrir la maraña de la que había sido objeto, desenmascarar al culpable y ajustarle cuentas con todas las fuerzas que le permitía el haber experimentado todo el sufrimiento y la desolación que lo acompañaron desde aquella noche que quedó dormido bajo los efectos de la droga suministrada por los secuestradores de la lancha.

Temprano en la mañana se dirigió hacia la bodega con el propósito de ajustarle cuentas al dueño, armado de la seguridad de que este fue el culpable y esa idea se había reforzado en su mente durante los meses de ausencia del pueblo: el bodeguero

estuvo al tanto de los planes de su hermano, la cuñada y el padre de ésta... y la iba a pagar, carajo...

Solo alcanzó a desbaratarle una silla en la espalda; tenía otra suspendida en el aire, lista para volver a estrellarla contra aquel cuerpo y entonces el disparo de revólver lo obligó a detenerse. Los policías ocuparon la bodega y apresaron a Chano, se lo llevaron con las manos esposadas a la espalda a la vista de todos.

Lo que extrañó a muchos fue el hecho de que no subieron a un auto de la Policía, sino a uno civil custodiado por hombres vestidos de verde olivo, mientras los clientes observaban desde las afueras de la bodega.

Fueron días muy duros para Rosa y los muchachos, era preferible no salir de la casa y así evitar el acoso de los vecinos. La gente era muy impertinente y no reparaba en el dolor ajeno; en el pueblo las conversaciones tenían como tema obligado el arresto de Chano por el G-2 y su vinculación con los infiltrados. Pero había algo que no encajaba en la historia, enseguida que llegó salió con su familia y participó de la Parranda, se dejó ver por todo el paseo Martí y eso no encajaba en la versión casi oficial que se decía en el bar. Quizás se arrepintió a última hora y los infiltrados lo delataron en los interrogatorios, esta era la

teoría del bodeguero permeada aún por el rencor que sentía después de la corta paliza que este le propinó días atrás; otros aseguraban de muy buena tinta que todo el tiempo que Chano estuvo fuera del país lo pasó entrenando en una base militar y que por eso lo había detenido la Seguridad del Estado aquella mañana.

Veinte años; ¿cuántos pescados se podrán subir a cubierta en veinte años?; ¿cuántos anzuelos y carretes de nylon se rompen en veinte años?; ¿cuántas veces necesita calafatearse un barco en veinte años?, ¡para qué cojones he mantenido los calderos de mierdas estos tanto tiempo!... ayudarme, ayudarme... lo que me jodieron fue la vida.

Chano era el reo 680809, había llegado al Presidio de la Isla de Pinos a cumplir veinte años de condena por un delito que ni tan siquiera había imaginado; era la maldición del viejo Mateo que siempre estuvo en el aire y que ahora empezaba a rondar su familia al caer de forma despiadada sobre su cabeza; la maldición del viejo e mierda ese..., pero que nadie piense que me voy a meter veinte año en esta "caja e talco", de aquí me voy y no precisamente en una caja e muerto.

Por espacio de todos los años que estuvo su padre preso Hortensia acompañó a su madre en las visitas a la prisión, los varones estuvieron solo dos ocasiones y Mirita una sola vez, suficientes para que Chano muy molesto dejara bien claro que no quería ver a ninguno de sus hijos en ese lugar; Hortensia se mantuvo acompañando a su madre aunque ya no entraba, se quedaba fuera de la prisión, en la parada de ómnibus a la espera

del regreso de su madre que no paraba de llorar hasta su casa. El viaje lo realizaban desde Caibarién hasta Santa Clara, La Habana, Batabanó y allí abordaba el ferry en un viaje infernal que parecía nunca acabar. Si llegaban un poco adelantadas a la salida del barco o por casualidad este no zarpaba ese día, entonces pernoctaban en la casa de Maricusa, la hermana de la madre.

Chano le pedía firmemente a su esposa que no se desgastara llevándole comida, porque a él no le faltaba nada y lo que comía le era suficiente para vivir; solo le aceptaba el gofio con azúcar que se podía conservar.

Ni Hortensia ni su madre se atrevían a contarle a Chano nada de lo que ocurría en la casa con el figurín de su yerno, él siempre pensó que el hecho de que Mirita se hubiera mudado con su esposo para la casa ayudaría a su mujer, por lo menos ya había un hombre en la casa y eso siempre es importante; Mirita acompañaría a su madre ya que Hortensia trabajaba limpiando en el Hospital del pueblo. Ni tan siquiera los hermanos estaban enterados de los desmanes del tipejo, allá en las lomas donde vivía difícilmente les llegara comentario alguno y desde varios meses no visitaban la casa, solo por cartas se comunicaban.

A la vieja le tenía advertido no meterse cuando le propinaba las soberanas palizas a su hija y eso sucedía tarde tras tarde cuando llegaba borracho... y se emborrachaba todos los días y había que darle también el dinero para la bebida sino lo

arrebatada. Aquí alguien está sobrando....alguien, decía mientras asentaba el filo a sus cuchillos.

Y llegó aquel día. La madre estaba en la puerta del patio escogiendo el arroz en una fuente, de pie tirando las semillas y piedrecitas a las gallinas, cuando entró él como tromba marina preguntando a gritos por su esclava, agarró un cuchillo de la meseta , "te lo dije, puta mierda", y perforó varias veces la espalda de la esclava que no era sino la madre y el error alejó los vapores del alcohol de su rostro por un instante, "Al carajo coño, yo soy el Papo y hay que respetarme, te lo advertí coño, coño coño".

El desatino del claxon inundó la atmósfera del pequeño poblado; los pescadores aún a la vista desde el muelle sobrecogían sus pechos impotentes por saber si la desgracia anunciada tenía que ver con sus familias; los pobladores en tierra pasaban revista mentalmente intentando localizar a cada uno de sus allegados colocando el "fuera de peligro" a manera de consuelo a sus temores.

Por el tiempo que se extendía el sonido se podría especular también el lugar de dónde venía, lejos o cerca. Hortensia gustaba dar una primera limpieza a los salones de espera antes que abrieran el hospital, así amanecían limpios en la realización de los complementarios que comenzaban oscuro aún.

El salón estaba casi vacío, solo una mujer batallaba con el llanto de su hijo en espera de la llegada de algún trabajador que le recogiera la historia clínica y así ser la primera en entrar a la consulta del pediatra. Los ojos del niño se habían secado; de la soberana perreta solo quedaba el eco de los gritos en las columnas del salón. Su mirada se detuvo en Hortensia, cuyos movimientos cumplían con el ciclo de la limpieza del piso. Algo en ella llamaba su atención: quizás los guantes de goma de color brillante, o la trenza negrísima coqueteando con el zipper de la falda, o el relampagueante verde de los ojos flasheando de vez en vez sobre su diminuto rostro, o simplemente la mecánica de aquel ritual de mojar y exprimir el pedazo de frazada, "¿para qué la mojan si después la van a exprimir?"

Se escucha un claxon sonando cada vez más fuerte, mezcla de voces, atmósfera alterada y la cara de aquella Hortensia, sobre todo la cara de Hortensia, de frente a las dos puertas, oteando a través de los cristales nevados... Súbitamente se abren las puertas y dejan escuchar una mezcla de palabras cortadas en medio de la algarabía. La camilla atravesó rodeada de gentes tratando de ayudar.

—Hortensia, no te iacerques! ... por... favor, quédate ahí. La camilla dobló por el pasillo, un brazo colgando hacia fuera.

—¡Mamáaa! —gritó el niño asustado, mientras Hortensia, aturdida logró comprender por aquel exabrupto infantil la realidad del momento. Escuchó como un fogonazo aquellas palabras cuyo significado apenas pudo relacionar de momento: "puñal,

apuñalada, pobrecita, ¡que ella no lo vea!, controla el pulso, taponea... oxígeno... transfusión... RAPIDO... ¡RÁPIDOO!"...; y un desfallecimiento le inundó el cuerpo cayendo a lo largo ante la mirada de todos, que atónitos observaban la cara de Hortensia, sobre todo la cara de Hortensia y sus ojos fijos en la camilla que van humedeciendo lentamente su alma.

La casa parecía otra, en realidad lo era. El silencio denso, abrumador, llenó cada rincón. Era insoportable la permanencia por mucho tiempo en el lugar.

A cientos de kilómetros de lugar, Chano pasaba las noches despierto con la vista fija en el techo de su celda fumando tabacos y bebiendo sorbos del café que resolvía en la cocina. Era lo único que pedía, tabaco y el café cuando se podía, las escasas palabras que se le escuchaban: "un buchito de café", con la vista apagada y los músculos faciales temblorosos del esfuerzo que hacía para no desbordar los húmedos ojos.

En la casa cada uno se culpaba en el silencio por la tragedia, Hortensia por no prestarle atención a los continuos dolores de la vieja pensando que solo eran achaques provocados por el tiempo. Los varones lamentaban no haberle insistido lo suficiente para que en última instancia, aunque fuese obligada los acompañara a sus casas donde estaría más tranquila, sin embargo ambos sabían que a la vieja nadie la convencía de salir de la casa y mucho menos abandonar al viejo; en esas condiciones se le dificultaría poder asistir a las visitas que le hacía cada tres meses. Pero en realidad lo que angustiaba sus conciencias era el

haber estado ausentes de la casa en los momentos en que todo se puso patas arriba.

Chano maldecía la hora que autorizó esa unión, aunque convencido de que si no lo hubiera hecho así la muchacha se escaparía con el canalla y de eso no existían dudas; lo que nunca imaginó fueron las borracheras y las golphizas que este le propinaba a Mirita y ese desconocimiento se lo debía a su mujer que en ninguna visita le habló de ello. Claro que desde allí no podía hacer nada pero él todavía tenía amigos y además estaban los hijos que también los tenían al margen de lo que sucedía en la casa con las mujeres y el patán.

Solo Hortensia no se incriminaba, estaba convencida de que si había una culpable era su hermana, y esa idea se fortalecía en los últimos pasos de esta: realizaba gestiones para visitar al esposo asesino en la cárcel y al abogado que él pidió.

Hortensia no se atrevía a darle la noticia a Chano, creció en medio de la armonía creada por el amor que se profesaban ellos dos, un amor que suplía las necesidades que pasaron de pequeños. Siempre recordaba con ternura el nerviosismo que invadía el actuar de su madre en las horas cercanas al regreso de Chano, le resultaba hasta gracioso, se ponía torpe; ese día algo se quemaba en la comida, quedaba carente o sobrante de sal. Pero lo que más recordaba de esos momentos era que ese día la

madre no peleaba por el baño y dejaba un tanto de vigilarlos y eso por sí solo les permitía vagabundear a sus anchas.

Hortensia prefirió enviarle la noticia en una carta previa a la visita, también tenía la esperanza de que los guardias de galeras leyeran la carta y le ayudaran en los primeros momentos, eso decía Pepe Berrugato, que estuvo siempre más tiempo dentro que fuera de la cárcel: "¿Las cartas?, las cartas las leen toítas, mi peje, sin falta".

Algo que deseaba con fuerza Hortensia y que le pedía cada noche a su ángel de la guarda era poder olvidar el momento del encuentro con su padre, fue tanto el dolor compartido que se sintió desfallecer. Nunca lo había visto llorar, no habló una palabra durante casi media hora, abundantes lágrimas inundaban sus mejillas, pero no articulaba palabras, solamente tomó un lápiz y alisando un cartucho contra la superficie de la mesa escribió ¿en qué cárcel lo tienen?

Hortensia se concentró en seguir los pedidos de su padre, asistiría a las visitas con la periodicidad que permitía el régimen penitenciario y solo llevaría gofio de maíz y dinero, todo el dinero que pudiera reunir en el tiempo entre visitas, pero si llegado ese día no tenía por lo menos cincuenta pesos le pedía que entonces esperara la próxima, así se evitaría un viaje tan largo. No era solo cincuenta pesos, también debía guardar otro tanto en la casa para llegado el momento le diría qué hacer con él.

Pasado un año ya Chano trabajaba fuera del penal, salía muy temprano y regresaba solo para dormir. Se había acogido a la "reeducción" y estaba incorporado al plan lechero. Trabajaba en la vaquería que atendía la Prisión; Hortensia continuaba

visitándolo, en cada encuentro traía sin falta el dinero que Chano guardaba bajo la dentadura postiza burlando la minuciosa requisa que se practicaba al regresar a las celdas. Lo escondía en un nylon que colgaba dentro del hueco de la letrina sanitaria amarrado de una cuerda que trenzó con sus propios cabellos.

El poder salir diariamente de la Prisión y trabajar prácticamente en medio del campo le dio la posibilidad de poco a poco lograr familiaridad con los custodios y ganarse la confianza de todos, en especial del Jefe de la Brigada, que en ocasiones lo utilizó para que le trajera pescados de una casa cercana a la costa. Esa confianza ganada con esfuerzo y buena conducta posibilitó que poco a poco fuera armando una balsa; los palos que utilizó los tomó del entorno. Con mucha paciencia logró construir una buena balsa, solo le dedicó a lo sumo tres minutos cada día, de esa manera nadie sospechó absolutamente nada.

En los últimos meses intercambió copiosa correspondencia con personas de Santa Clara, no las conocía pero le fue necesario intercambiar con ellos. Cuando estuvo seguro de haber logrado hacer todo lo que había planeado envió una carta a Hortensia:

Mi niña:

No vengas a la próxima visita, solo si en otra carta te lo pidiera. El dinero que has guardado llévalo y entrégalo en la dirección que está escrita por dentro de este sobre y se lo entregas a la mujer que vive en esa dirección, ella vive sola. No le hagas preguntas, confía en mí, algún día me apoyarás por todo lo que estoy haciendo ahora, pero es mejor que no sepas nada ahora. Yo te quiero mucho, a Mirita dile que yo la quiero también, perdónala, cuando te enamores también tú la entenderás. A los machos que los quiero, que guapeen y defiendan por sobre todas las cosas a la familia, nada es más importante que eso.

Un beso, tu padre.

Aquella mañana Chano trabajó sin descanso, no se hizo notar entre los demás vaqueros. Se comportó tan normal como siempre. Entrada la tarde salió como cada día a lavar los cubos de ordeño a la costa, se desvió unos metros y enfiló hacia el muellecito donde atracaba el barco toronjero, en la proa el patrón lo observó acercarse por el trillo y enseguida le dio la espalda, Chano bordeó el barco y desapareció por la popa.

Hortensia había terminado la limpieza de los salones y ayudaba a la pantrista a repartir merienda entre los ingresados. Unos hombres vestidos de verde olivo la condujeron a una casa en las afueras de Santa Clara. La pregunta era una sola: ¿Dónde está tu padre? Estaban convencidos de que ella lo escondía. Hortensia quedó muy perturbada, algo le había sucedido a Chano, era evidente que ya no estaba en la cárcel y eso la alegraba, pero el no tener noticias de su paradero le causaba preocupación... si al menos supiera que está vivo, pero todo le había tomado de sorpresa y esa sorpresa la percibieron los militares, convenciéndose de que el desconocimiento que decía tener la muchacha sobre el paradero de su padre era cierto.

Transcurrieron días de angustia para Hortensia, en la isla no lo encontraron, llegaron a la certeza de que había escapado por el mar pero nunca sabrían la forma. No faltaba ninguna de las embarcaciones de la isla y todas estaban registradas en la Estación de la Policía, hasta el bote más frágil aparecía en los inventarios. Estaba sola, los hermanos no llegaban aún, demoraba bastante la correspondencia hacia los parajes donde

vivían, Mirita se recluyó en la casa de una amiga; cuando Hortensia regresó del interrogatorio en Santa Clara se encontró con una noticia que competía en el pueblo con la desaparición de su padre, al marido de su hermana, el asesino de su madre, lo habían apuñalado dentro de la prisión, se desconocía el motivo, dijeron que era un ajuste de cuentas, Hortensia prefirió pensar en la justicia divina, mientras Dios sabía muy bien que el responsable de todo era Chano, que en ese momento lo rescataban unos pescadores cerca de las costas de Cayo Hueso y que pasó meses buscando la persona, hasta que la encontró, que por dos mil pesos entregados a la familia estuviera dispuesto a ajustarle cuentas a aquel degenerado que le arrancó la última razón que lo mantenía apegado a esta tierra.